

DIARIO DE CORDOBA.

DE COMERCIO, INDUSTRIA, ADMINISTRACION, NOTICIAS Y AVISOS.

Núm. 4596.

Suscripción en Córdoba.
Fuera de Córdoba.

Por un mes... 8 rs.
Por trimestre... 22 rs.
Por un mes... 10 rs.
Por trimestre... 28 rs.

DOMINGO 19 DE NOVIEMBRE DE 1865.

Los Sres. suscritores a este periódico tienen derecho a insertar gratis en sus columnas un anuncio o comunicado al mes, que no exceda de quince líneas y que sea de su exclusivo interés.

Año XVI.

Sección editorial.

EL SANTO ARCANGEL DEL PUENTE.

Más que la salud y la vida vale la fe. Así cuando la muerte pasara por nuestras calles, aun cuando entrara en mi propia casa, aun cuando me arrebatará mi, mientras que las creencias y la fe que al nacer en este mundo me inspiraste las halla mi alma en mi cabeza y en mi corazón, yo moriré proclamando que eres mi Custodio y el Custodio de la ciudad.

Esto decía yo la tarde del Sábado 14 del corriente, en la plaza de la Iglesia del Juramento, contemplando los semblantes de la multitud que la llenaba, y que, fijos sus ojos en la imagen del Arcángel, la intensidad de su afecto embargaba sus facultades todas, y solo se expresaba y conocía en las lágrimas que corrían por todas las mejillas. Esto decía, sí, contemplando la magestuosa, arrogante y gentil figura del incito Custodio, en el momento en que, sirviéndole de marco el dintel del Templo, en el fondo oscuro de sus naves, se destacaba su imagen, iluminada por los rayos de un sol esplendente, que había disipado las nubes quizá por contemplarlo.

Pero ahora recuerdo que si bien es verdad que puedo, no debo sin embargo hablar de lo ocurrido en ese día, si he de cumplir el compromiso que me impuse de narrar una de esas antiguallas, que unas veces mi afición rebusa, y otras la casualidad me proporciona. Lo ofrecido es deuda; paguémoslo.

En la tarde del día 29 de Setiembre de 1651, y la población de la Córdoba de entonces corría como siempre corre en busca de solaz cuando el solaz es gratis. La fiesta de aquella tarde era en el río, y de todos los puntos de la ciudad afluyó a la ribera la multitud; ansiosa de presenciar el último de los festejos con que terminaron los obsequios que desde Mayo venía la ciudad tributando a su Ángel protector.

El clero y las comunidades habían hecho, simultánea y separadamente, octavarios y otras funciones religiosas en todas las parroquias y conventos. La nobleza había corrido carreras en la Corredera, y toros en el mismo sitio durante varios días. Y los gremios, habían capeado en la calle de la Feria y costeados, fuegos de artificio. Y los médicos habían tenido *Conchusiones* lucidas en la parroquia de San Pedro. Y los poetas una *Justa literaria*, de que un día no lejano me ocuparé al hablar de juegos florales, y

solo restaba ya manifestar su gratitud y devoción, a los aceneros, barqueros y pescadores, que especialmente de cána siempre fueron aquí muy numerosos; por más que en los cordobeses no sean muy comunes las condiciones de este oficio.

La tarde era una de esas hermosas del empezar de otoño, y el estenso *Tablazo de las Damas* parecía un largo y deforme espejo, en cuyo limpo cristal se retrataba el mas abigarrado panorama. Describamos sus orillas.

La derecha, especialmente desde el Rastro al Puente, poco ó nada se diferenciaba de como hoy la vemos, si exceptuamos el antiguo muro, inhiesto entonces, cuyos carbonizados sillares romanos en jaque frente los estribos de la obra de Julio César, parecían decirles: nosotros también sabemos resistir al tiempo y a las aguas. Del Rastro al Molino de los Calabrazos ó de Martos, porque pertenecía a la encomienda de este pueblo, la muralla vieja existía a trozos; pero mas retirada de las aguas que la parte de abajo. Sobre estos trozos de muralla había otros restos de defensas, cuyo principal vestigio era la torre de los Argotes cerca de la Ajerquia, sobre cuya plataforma estaban los miniriles con sus chiminias atronando la ribera con unos aires, que no habría hoy humanos oídos que los resistieran. Un gentío inmenso ocupaba las murallas, y sus restos, sin dejar desde el Molino al Puente sitio donde poner un pie.

La orilla izquierda también se veía cubierta de espectadores, hombres en su mayor parte, y casi tocando al agua, desplegada a manera de guerrilla, una lucida tropa, que parecían veteranos por su soltura y aire marcial, y sin embargo eran vecinos de la parroquia de San Lorenzo, uniformados a su costa y adiestrados para esta fiesta por el capitán de la milicia de Córdoba D. Diego de Argote y Villalta.

Esta tropa vestía un vistoso y lujoso traje, exactamente igual al de los alabarderos del señor Rey D. Felipe IV, y se componía, empezando por los pies, que no siempre ha de ser por la cabeza, de unos zapatos de cordobán de tres suelas, medias de vara de largo, de estambre amarillo, calzas acuchilladas de terciopelo escameado, pespuntado y con tafetanes amarillos dobles los soldados, y rasos los cabos de escuadra, jubón de terciopelo amarillo con pespuntos y bocamangas con guarniciones de a tres, las dos jaqueladas y la otra de corazon, capa amarilla con capillo de terciopelo y guarniciones iguales al jubón, colete de cordobán blanco, guarnecido y largueado, rizada gola al cuello, y por remate de tan pintoresca

estampa, sombrero valon fino con toquilla y rosa de tafetán escameado, y tres largas plumas, blanca, carmesí y amarilla. Las piezas y aderezos de la espada y daga eran dorados, y las vainas, tiros y pretinas de cordobán bayo. En vez de alabarda, un permitida sinó en la guardia del rey, cuyo uniforme copaban, iban armados de arcabuces, pues el objeto de esta tropa no era otro que el animar la función a tiros, con nutridas descargas, ó fuego graneado según lo requiriera su orden.

De marco inferior del gran espejo que hemos figurado, servía el Puente, en el que literalmente se cumplía nuestro modismo, de no haber un grano de mostaza en él, tan henchido estaba de personas. En medio, a fuerza de fuerzas, como suele decirse, los alguaciles mantenían un poco despejado un reducido espacio, donde de se hallaban confundidos el Obispo y el Corregidor, los Canónigos y los Concejales. En el terreñillo que hay en el medio del puente, había otra comparsa de miniriles con sus instrumentos y los clarines y atabales de la ciudad, y cerca frente por frente del humilladero de los Mártires sobre un tablillo se alzaba un gran bulto que cubrían cortinas de damasco carmesí, a cuyo lado estaba el escalón cordobés Bernabé Gomez del Río.

El tercio cristel del Botic, limpio y sereno, era respetado aun por la misma brisa, que no se atrevía a rozarlo y que se había parado a presenciar la lucha que en aquella planicie iba a efectuarse. En la ribera, frente a la torre donde estaban los miniriles, había formadas en una fila y de orilla a orilla veinte lanchas pintadas de brillantes colores, adornadas con banderas y gallardetes y tripuladas cada una de cuatro remeros, que esperaban impacientes la hora de tirar su empuje.

Frente a la *Reña de las Herreras*, que no digo cual era ni donde estaba, por la sencilla razón de no saberlo, pero que supongo cerca del Puente, había a igual distancia de sus orillas dos barezas convenientemente lastradas de cuyo centro se elevaba un mástil, al estremo del cual había una polea y de uno a otro una maroma, dentro la que de trecho en trecho pendían colgados por los pies varios gansos, que unos esperaban la muerte con actitud resignada y silencio filosófico, mientras otros protestaban con sus graznidos de que el público no se divirtiese a costa de su existencia.

El pausado reloj de la Catedral dió las cuatro, y su sonido estableció el mas profundo silencio en el Puente y ambas orillas del Guadalquivir. El Obispo recitó las oraciones con que la Iglesia bendice los objetos que debe-

mos venerar: el Corregidor con toda la fuerza de sus pulmones lanzó un viva al Rey, y el Veinticuatro D. José de Valdecana y Herrera otro a San Rafael, a cuyo tiempo cayeron las cortinas y apareció como saliendo de entre las nubes de humo de una descarga de mosquetería, que resonó en el Puente y respondió otra en toda la orilla del río, la imagen del Arcángel con túnica y manto blanco, y solo el cabello y las alas doradas, no sé si por gusto ó falta de tiempo.

Los atabales, los clarines, los instrumentos de los miniriles, las descargas de los arcabuces, las campanas de la Catedral lanzadas a vuelo, obedecidas y secundadas por las de todas las parroquias y conventos, pugnaban en vano por dominar los vitores del pueblo, entusiasmado a la vista del Ave celestial, que parecía acabarse de descender y posarse en el pretil del Puente, desplegadas las alas, flotando el manto con las rubias guedejas y blancas vestiduras de la vision de Andrés de las Roelas.

En el momento en que la descarga primera resonó, como se escapaba del arco una saeta, partió una lancha de las que dijimos estar formadas por frente a la Ajerquia, y por su misma estela siguieron las demás. Como las golondrinas que en rapidísimo vuelo, las tardes de primavera recorren el *tablazo* desde el Molino al Puente, mostrando el pico y sin tocar las alas en sus aguas, así avanzaron impulsadas por sus remeros, que dejaban de borrar a cierta distancia de la cuerda que atravesaba el río, dejando el barco correr solo con el impulso que traía y el que la corriente le prestaba. El primero que afianzó el cuello de un ave de las colgadas se quedó pendiente de ella, mientras la barca seguía su rápida carrera; el segundo perdió pie, y uno por una cosa, otro por otra, los cinco primeros, entre los gritos y desmayos de las mugeres, las palmas y silbidos de los hombres, y las risas de los chiquillos, cayeron al río y tuvieron que hacer bueno el adagio de: No nadar y cordobés, no puede ser.

La torpeza de los barqueros, era prueba de su agilidad y cosa convenida por los que habían hecho el programa.

Después de estos ejercicios, en que se empleó gran parte de la tarde, se corrió la seda, especie de regata, en que divididos en tantas partidas de un punto, y el que llegaba primero a la meta ganaba un premio, que consistían en medias de Toledo, sombreros de *Breitan* y *corbates* de mangas de damasco.

No quiero pasar adelante sin ceptar la dedicación de la estatua; que en correcto latín escribió el padre Juan Bautista Caballero, de la Compañía de Jesús, cuya traducción literal es: Al beatísimo Rafael grande entre los

ángeles, su Custodio vigilantísimo: el cual mas ha de trescientos años, que en tiempo de Pascual Obispo, y destruyendo la ciudad una peste, predijo que él había de ser médico de tanta calamidad. Y el mismo después año de mil quinientos setenta y ocho, repelió al venerable presbítero Andrés de las Roelas, las reliquias de los Santos Mártires, y últimamente le declaró como Dios le había encargado la guarda de Córdoba. Por lo cual para que el debido agradecimiento durase, el Senado y Pueblo de Córdoba atento y piadoso, le levantó esta estatua de piedra, con gran solicitud de D. José de Valdecana y Herrera y de D. Gonzalo de Cea y de los Rios, veinte y cuatro. Siendo Pontífice Inocencio X. Rey de las Españas Felipe IV. Obispo D. Fr. Pedro de Tapia, Corregidor D. Pedro Alfonso de Flores y Montenegro. Año de 1651.

Ahora oigamos la razón que la ciudad tuvo para erigir la estatua en el Puente, según un autor contemporáneo.

No permitió el generoso agradecimiento de Córdoba, que las demostraciones del suyo a su Ángel Custodio, se terminasen con los días, ni que lo obrado en esta parte fuese transitorio con brevedad. Quiso hubiese algo que pudiera competir con las edades, y hacer tiros al tiempo, dando lengua de perpetuidad a las piedras, y aliento indeficiente a los metales. Esto fue colocar la estatua del gloriosísimo y milagroso Arcángel San Rafael en lugar público y decente, apto no solo para la publicidad de su obsequio, y para que desde él pudiese, por medio de los pasajeros y peregrinos, informar de esta gloria de Córdoba a las naciones mas remotas; sino también a la mas breve, y pronta defensa de su ciudad, como vigilante, y por lerosa guarda de su mas frecuente y principal entrada.

La idea de nuestro pueblo de colocar la efigie del Ángel protector en los caminos como su mejor guarda, como el mejor muro para impedir la entrada a toda calamidad, ha sido constante. Testigos son el Triunfo de la Puerta nueva, en el momento que se abría la carretera de Madrid, y el que un huracán derribó en el camino de la sierra frente a la puerta de Colodro, cuyos restos están en el cementerio de San Rafael.

Hace seis años que el camino de los Puertos variando su trazado y condiciones, ha mudado el sitio de su entrada, y unido hoy a las vías de Castilla y Mediterraneo constantemente nos amenaza con sus viajeros del Asia y de la América, por el lado que la ciudad está desguarnecida. Nosotros, como nuestros padres, necesitamos ese muro salvador, y como ellos deseamos poder mostrar a los extraños nuestra egida protectora, y el objeto de nuestro ardiente amor. Los cordobeses necesitan,

